—¿Pues no ha de entender, señora?—dijo el Padre Castillo.—A veces en personas rudas y zafias se ve mejor sentido y criterio de las cosas que en las ilustradas, quizás por su misma ilustración desvanecidas. Lo que les falta es el decoro en la forma. Oiga mi señora Condesa una observación que quiero hacerle. Entre esta multitud de papeles, que los libreros de Madrid le envían para que coleccione todo lo publicado, hay tal balumba de despropósitos y estolideces, que sería más necio y simple que sus autores el que dejara de reconocerlo así. Pero en medio de tanta faramalla, encuentro algunos productos del ingenio que suspenden, cautivan y enamoran, por ser fruto espontáneo de la mente popular, como lo son las heróicas acciones que desde el principio de la guerra estamos presenciando. Vea vuecencia: aquí hay una *Convocatoria que á todos los pastores de España dirige un mayoral de la sierra de Soria para la formación de compañías de honderos*. Este es un hombre ignorante, cuya actividad é interés por la patria no puede menos de elogiarse. También merece encomios lo que ha escrito esta Doña María Piquer y Pravia, con el título de *¿Qué es héroe? Exhortación á los jóvenes españoles*, pues todo lo que tienda á encender los alientos de la juventud en las actuales circunstancias, es digno de aplauso. No le negaré tampoco los míos á estos *Cargos que hace el tribunal de la razón de España al Emperador de los franceses*, porque los tales cargos están hechos con mesura; ni tampoco á este *Engaño de Napoleón descubierto y castigado, obra en que se manifiesta con la mayor claridad la infidelidad del Emperador en sus convenios con España*, porque todo cuanto se diga acerca de la manera desleal y traidora con que nos declararon la guerra, me sabe siempre á poco. No seré tan benévolo con esta *Carta del licenciado Siempre y Quando al Doctor Mayo de* 1808, porque me repugnan las formas chocarreras en formales asuntos, ni daré dos higos por esta *Alegoría poética que descubre las iniquidades del más perjudicial y maligno hipócrita del mundo, Bonaparte*, porque ya dije que este afán de tratar en malos versos lo que está pidiendo á gritos clara y valiente prosa, me indigna y pone fuera de mí.

VII

—Gracias á Dios—dijo entonces Amaranta, —que encuentro entre esta garrulería una obra de reconocida utilidad durante los tiempos de guerra. Vea Su Reverencia: *Arte universal de la guerra del Príncipe Raimundo de Montecuculi*.

—En efecto, señora: yo daría un par de abrazos y otros tantos apretones de manos á Quiroga y Burguillos, que son impresores y editores de esta gran obra. Y aquí veo otra, á cuyo autor le pondría yo en los cuernos de la luna, pues no conozco hoy por hoy tarea más meritoria que escribir un *Prontuario en que se*

hallan reunidas las obligaciones del soldado, cabo y sargento para la pronta metódica instrucción de las compañías. Vea mi señora Condesa cómo también sacamos pepitas de oro puro del escorial de este montón que tenemos delante. Aquí veo la *Higiene militar ó arte de conservar la salud del soldado en guarniciones, marchas, campamentos, hospitales, etc.* Queden á un lado, para que no se confundan con lo demás, y en su compañía vaya *El buen soldado de Dios y del Rey, libro donde se asocian las máximas militares con las cristianas.* Esto me parece muy del caso, pues será mejor soldado aquel que lleve en su corazón la fe, única fuente de toda heróica acción, y de la humildad y obediencia, que mantienen la disciplina, remedo mundano del divino orden puesto por Dios á la autoridad religiosa.

—Pues hagamos aquí un apartado de los buenos libros,—dijo la Condesa graciosamente, reuniendo los que el fraile le indicaba.

—Pero tate, señora mía—dijo éste,—que me parece que en ese departamento de las cosas buenas se ha colado *El laurel de Andalucía y sepulcro de Dupont*, que, aunque muy patriótica, es de las más necias y enfadosas comedias que se han impreso en estos tiempos. Vaya fuera, y lléveselo Salmón si quiere leerlo, y en su lugar póngase esta *Colección de proclamas, bandos, diversos estados del ejército y relaciones de batallas*, que por ser un conjunto de documentos fehacientes, será en día no lejano de grande interés para la historia, que en tales tesoros se alimenta y bebe la verdad, sin

la cual no puede vivir. ¿Pero qué libro es ese que con tanta atención vuecencia lee?

—Leo—repuso la Condesa,—las *Poesías patrióticas de D. Manuel Josef Quintana*, que ahora salen por segunda vez á luz. Este tomo contiene la *Expedición de la Vacuna, las odas á Juan de Padilla, á España libre, al panteón del Escorial y á la Invención de la imprenta.*

—¡Oh!—exclamó el Padre Castillo.—Bien lo decía yo: no pepitas de oro, sino perlas orientales habían de aparecer entre esta balumba. Póngame vuecencia á ese poeta sobre las niñas de mis ojos, pues no me canso nunca de leerlo, y es tan grande el encanto que en mí producen su fogosa entonación, su grave estilo, su arrebatado estro, su numerosa cadencia, la gallardía de las imágenes, la verdad de los pensamientos, la elegancia de los símiles, la escogida casta de todas las voces y frases, que me olvido del apasionamiento y saña con que ataca institutos y personas que yo á causa de mi estado no puedo menos de reverenciar. Pero tal es el privilegio del arte cuando da en buenas manos; y es que enamora con la forma aun á los mismos á quienes no puede conquistar con las ideas.

—Quítenmelo de delante—dijo Salmón,—y no pongan á ese autor ni á cien leguas del de esta composición que ahora tengo en la mano: *Godoy, sátira por D. José Mor de Fuentes.*

—Pues si Su Paternidad es tan entusiasta de Mor de Fuentes, nosotros se lo regalamos, para que lo disfrute por los siglos de los siglos. ¿No es verdad, señora Condesa? ¿A ver

qué otro volumen es éste, que parece recién publicado? *Poesías líricas ó rimas juveniles por D. Juan Bautista Arriaza.* Este no debe ser despreciado, pero tampoco agasajado. El aprecio que conquista con su gracia y primorosa frivolidad, lo pierde por maldiciente, sin que tenga, como Juvenal, el mérito de reprender los vicios y malas costumbres. Sus mejores obras son las que podríamos llamar *Vejámenes*, dirigidas contra cómicos y poetas; y estas *Rimas juveniles* son finas, pulcras, bonitas, pasajeras; pero carecen de aquella sal de la inspiración, sin cuyo ingrediente no hay manjar poético que se pueda traspalear. ¿Qué hacemos, señora Condesa? ¿Se lo damos á Salmón, ó se queda en el departamento escogido?

—Quédese aquí—dijo Amaranta,—aunque no sea sino porque me ha dedicado casi todos sus versos llamándome Clori, Belisa, Dorila, Mirta, Dafne, Febea y Floridiana. Y para que el reverendo Salmón no se enfade, le daremos el *Napoleón rabiando, casi-comedia;* el *Bonaparte sin máscara*, y la *Descomunal batalla de los invencibles gabachos contra los ratones del Retiro,* que aquí están pidiendo que Vuestra Reverencia les dé su dictamen.

—Pues vengan—dijo Salmón,—y no creo que vuestra grandeza me niegue este saladísimo papel, cuyo solo título hace desternillar de risa, y es *El juego de Fernando VII con Napoleón y Murat al tresillo, libro en el que baxo las voces propias del tresillo se da una idea de lo acaecido con nuestro augusto soberano, del orgullo de Napoleón, y concluye con las exclamaciones más tiernas de nuestro oprimido monarca.*

—Esto de decir en términos de tresillo lo que se puede expresar en castellano seco, me enamora,—indicó Castillo.

—Precisamente en lo intrincado está el mérito de la invención—observó el otro fraile.—La prosa llana se cae de las manos, y así no comprendo cómo Vuestra Paternidad está ahora tan embebecido en la lectura de ese folleto, *Gobierno pronto y reformas necesarias.*

—Más que por lo que dice, me interesa por lo que todos los papeles de esta clase indican de alteraciones y disputas para lo porvenir.

—Los españoles—dijo la Condesa,—no se cuidan ahora de lo porvenir.

—Permítame usía que le diga que está muy equivocada—repuso Castillo.—Observando atentamente todos los impresos que salen á luz (y los papeles impresos son quien más que otra cosa alguna da á conocer lo que piensa y anhela un pueblo cualquiera); observando, digo, esto que aquí tenemos, se ve que los españoles, bajo la aparente conformidad que nos da la guerra, estamos muy divididos, y eso se conocerá cuando con las paces venga el deseo de establecer las nuevas leyes que nos han de regir. Aquí tengo unas *Reflexiones de un español, y modo de organizar un Gobierno que concluya la grande obra de la eterna libertad y prosperidad de la nación.* No parece mal escrito, y apunta con timidez la idea que creo desarrolla atrevidamente este cuaderno que se intitula *Política popular acomodada á las circunstancias del día: propone la Constitución que la España necesita*

para cortar de raíz el despotismo. Por el mismo estilo y con igual tendencia está hecho este otro que dice *Reflexiones de un viejo activo á un amigo suyo sobre el modo de establecer una Constitución.*

—Y por lo que veo—dijo Amaranta leyendo la portada de otro libro,—éste trata del mismo asunto: *Manifiesto del español, ciudadano y soldado, donde se da conocimiento de nuestros anteriores padeceres y esperanzas en nosotros mismos, respecto al mundo individual.*

—Por San Buenaventura y los cuatro doctores, que no sé lo que ha querido decir ese buen hombre con lo del *mundo individual;* pero lo apartaremos para leerlo después.

—¿Y cree Vuestra Paternidad que hay divergencia de pareceres entre los diversos autores que tratan de política y de Constitución? —preguntó Amaranta.

—¡Oh!—exclamó Castillo,—por aquí aparece la punta de un impreso, en quien desde luego conozco la opinión contraria. Sí, señora Condesa: no hay más que leer este título, *Higiene del cuerpo político de España, ó medicina preservativa de los males con que la quiere contagiar la Francia,* para comprender que éste es amigo del despotismo. Pues ¿y dónde me deja usía estas *Conclusiones político-morales que ofrece á público certamen contra los herejes de estos tiempos un fraile gilito?* No me gusta que los regulares se ocupen de estos asuntos, y desearía que, concretándose á su ministerio de paz, aguardaran tranquilos lo que los tiempos futuros traigan de calamitoso para nuestro instituto. Pero no es posible contener esta gritería que por todos lados sale en defensa de opuestos intereses, y venga lo que viniere, que si Dios no lo remedia, será gordo y sonado. Entre tanto, póngame usía á un ladito estos libros que tratan de la Constitución y el despotismo, pues pienso examinarlos espaciosamente. ¿Pero qué veo? ¿Ha puesto vuecencia en el montón escogido esos cuatro librillos de novelas simples? Parece mentira que en esta época empleen nuestros libreros su tiempo y dinero en traducir del francés tales majaderías... ¿A ver? *La marquesa de Brainville,* la *Etelvina,* los *Sibaritas,* el *Hipólito.* Vaya toda esta romancil caterva á deleitar al Padre Salmón, y si tarda en devolverla, mejor, que así podrá vuestra grandeza entretenerse en mejores lecturas.

—En esto de novelas andamos tan descaminados—dijo Amaranta,—que después de haber producido España la matriz de todas las novelas del mundo y el más entretenido libro que ha escrito humana pluma, ahora no acierta á componer una que sea mayor del tamaño de un cañamón, y traduce esas lloronas historias francesas, donde todo se vuelve amores entre dos que se quieren mucho durante todo el libro, para luego salir con la patochada de que son hermanos.

—Pues para mí—dijo Salmón,—no hay más regocijada lectura que esa; y vengan todos para acá.

—Abulta bastante, señora Condesa—indicó Castillo,—el apartado de los que defienden la

Constitución. Hágame vuestra merced otro con los apóstoles del despotismo, que hasta ahora parecen los menos. Pero no: por aquí sale un libelo titulado *Gritos de un español en su rincón,* que al instante puedo colocar entre los del despotismo.

—Y aquí hay otro—dijo Amaranta,—que si no me equivoco, también es del mismo estambre. Titúlase *Carta de un filósofo lugareño que sabe en qué vendrán á parar estas misas.*

—¡Magnífico! Desde que oí eso del *filósofo lugareño*, lo diputé por enemigo de los constitucionales. Vaya al segundo montón; y los leeremos á unos y á otros para saber, como dice el encabezamiento, en qué *vendrán á parar estas misas.* Esta lucha, señora mía, ó yo me engaño mucho, ó ahora es un juego de chicos comparada con lo que ha de venir. Cuando se acabe la guerra, aparecerá tan formidable y espantosa, que no me parece podrá apaciguarla ni aun el suave transcurso de todos los años de este siglo en cuyo principio vivimos. Yo que observo lo que pasa, veo que esa controversia está en las entrañas de la sociedad española, y que no se aplacará fácilmente, porque los males hondos quieren hondísimos remedios, y no sé yo si tendremos quien sepa aplicar éstos con aquel tacto y prudencia que exige un enfermo por diferentes partes atacado de complicadas dolencias. Los españoles son hasta ahora valientes y honrados; pero muy fogosos en sus pasiones, y si se desatan en rencorosos sentimientos unos contra otros, no sé cómo se van á entender. Mas

quédese esto al cuidado de otra generación, que la mía se va por la posta al otro mundo, con más prisa de lo que yo deseo. Y entre tanto, guárdeme usía esos dos montones de libros, que todos quiero leerlos. Aquí el departamento de la Constitución, á este otro lado el del despotismo... pero ¡pecador de mí! A vuecencia se le ha ido la mano, dejando que se colara en estas regiones un papelejo que desde su principio fué destinado al paladar de mi reverendo amigo. Afuera ese desvergonzado intruso.

—¡Ah!—exclamó Amaranta riendo.—Es un *Retrato poético del que vende santi barati y el sartenero victoreando al primer pepino que plantó un corso en tierra de España, y no ha prendido.*

—¡Venga acá!—dijo con gran alegría Salmón.—¡Y cómo se escapaba esa joya! Al convento me lo llevo junto con este otro, que aunque no trata de la guerra ni de política, parece libro de recreación científica y de honestísimo divertimiento. Es la *Pirotécnica entretenida, curiosa y agradable, que contiene el método para que cada uno pueda formarse en su casa los cohetes, carretillas y bombas, etc., con tres láminas demostrativas de todas las operaciones del sublime arte de polvorista.*

—Y ahora, señora Condesa de mi alma—dijo el Padre Castillo levantándose,—ya que he molestado bastante á usía, y hecho el escrutinio que vuestra grandeza deseaba, me retiro, pues esta tarde celebra solemne rosario la Hermandad del Socorro de Nuestra Señora del Traspaso, y me toca predicar.

—Yo pertenezco á la del Rescate—indicó Amaranta,—y creo que es la semana que entra cuando hacemos nuestra función de desagravios. Y Vuestra Paternidad, Padre Salmón, ¿no predica en estas fiestas?

—¿Cómo no? La Real Congregación y Esclavitud de Nuestra Señora de la Soledad, me ha encargado dos pláticas para la semana que entra. Veremos qué tal salgo de ellas.

El Padre Castillo, que sin duda tenía prisa, se fué, y allí quedamos Salmón y yo. Desde que hubo salido su compañero, tomó aquél la palabra y dijo:

—Pues como tuve el honor de indicar á usía, este muchacho sabe todo lo concerniente á D. Diego, á sus artimañas, trapicheos y correrías, y él satisfará á vuecencia mejor que cuanto yo, *relata referendo*, pudiera decirle. Pero ¿será cierto, señora mía, lo que al entrar me ha dicho el señor Marqués D. Felipe?

—¿Qué?

—Que usía ha tenido anoche la felicísima suerte de hacer confesar á esa linda niña todo lo que de ella queríamos saber.

—Así es—dijo Amaranta.—Todo me lo ha confesado.

—La paz de Dios sea en esta ilustre casa. ¿Dónde está ese blanco lirio, que la quiero felicitar por el buen acuerdo que ha tenido?

—Esta tarde no se la puede ver, Padre. Ya que su merced ha tenido la buena ocurrencia de traerme este joven, á quien supone al tanto de lo que quiero saber, tenga la bondad de dejarme á solas con él, para que la presencia de una persona grave y respetabilísima como Vuestra Reverencia, no le impida decirme todo lo que sabe, aunque sea lo más secreto.

—Con mil amores obedeceré á usía,—dijo el Padre Solmón; y con esto se retiró, dejándome solo con aquella estrella de la hermosura, con aquella deslumbradora cortesana, á quien nunca me había acercado sin sacar de su trato el fruto de una gran pesadumbre.

VIII

—No ha sido una simpleza de este buen religioso lo que te ha traído aquí—me dijo severamente;—esto ha sido obra de tu astucia y malignidad.

—Señora—le respondí,—por mi madre juro á usía que no pensaba volver á esta casa, cuando el Padre Salmón se empeñó en traerme, con el objeto que él mismo ha manifestado.

—¿Y qué sabes tú de D. Diego?

—Yo no sé más sino aquello que no ignora nadie que le trata.

—D. Diego es jugador, franc-masón, libertino; ¿no es cierto?

—Usía lo ha dicho; y si lo confirmo, no es porque me guste ni esté en mi condición el delatar á nadie, sino porque eso de D. Diego todo el mundo lo sabe.

—Bien: ¿y tú querrías llevarme á mí ó á